



## EL DESTINO

JUAN JIMÉNEZ GARCÍA

LA VIDA ESTÁ EN OTRA PARTE, DE MILAN KUNDERA (TUSQUETS)

Viene a decir Milan Kundera que el camino entre la tragedia y el ridículo es más bien corto. *La vida está en otra parte* podría ser una larga reflexión sobre esto, a través de la vida del joven poeta y su madre. El joven poeta que nació pese a la intención del padre, el padre que no quería ser ni padre ni marido, la madre que se ve enfrentada a un destino superior (la vida del hijo poeta), un destino superior que condicionará toda su existencia. A veces, contra ella, otras con su resignación, otras, las más, como una elevación del espíritu. La mamá del poeta como destino. Podríamos entender el libro como el relato de una caída colectiva. Cae la madre, cae el hijo, cae Checoslovaquia entera. Una gran broma. El joven poeta no es ningún héroe. Esta no es una novela de formación, sino de desintegración. Él, que quería morir en llamas, muere ahogado en su propia insuficiencia, en su estupidez de largo aliento. Jaromil (ese es su nombre) estaba destinado (¿por quién? ¿para qué?) a grandes cosas, pero acaba asfixiado por su tiempo, por el comunismo, por la madre, por su asquerosa personalidad egocéntrica y miserable, que deberíamos perdonarle por su juventud pero que nos es fisiológicamente imposible. Primero nos inquieta, nos resulta molesto, como una insistente picazón, luego nos resulta insostenible, como la historia de aquellos años y, finalmente, todo se

desmorona alrededor nuestro y suyo, y ese malestar es compartido. Jaromil, su mamá, son uno de esos personajes raros en la literatura, uno de esos personajes que nos abraza físicamente. Como la esposa de *Acto de fe*, de Elias Canetti, ese ejemplo que pongo siempre porque nunca sentí tanto odio por alguien, y, aunque no tengo muy claro que la literatura sea capaz de cambiarnos, aquello me lleno de dudas. Tal vez no nos cambie, pero sí que puede acercarnos a los límites (del dolor, pero también de la felicidad).

Jaromil, ese hijo de una noche confusa, de un lugar impreciso (idealizado, como lo será el mismo toda su vida), ofrece desde bien pequeño razones para creer en su talento. En algún momento, empieza a escribir poesía. Para su mamá, no hay nadie como él y está llamado a todas las grandezas. Su papá no lo aprecia demasiado, y, tal vez, en el fondo piense que es la causa de verse atado a un destino que no quiso, a un presente que no comparte. Llega la guerra y la invasión nazi. Y luego llega el socialismo y el comunismo, hasta que el comunismo se deshace del so-

cialismo y todo le sobra. Ya solo hay enemigos y fieles seguidores, y la línea que va de un extremo a otro es finísima y promete abismos (como ya escribió Milan Kundera en *La broma*, su anterior y primera novela). Sus poemas coquetean en un principio con la modernidad del surrealismo, con las vanguardias. Conoce al pintor, y este será su referencia, su tutor, alguien que confía en él. Pero la llegada del comunismo implica también un cambio necesario en su poesía. Hay que escribir sobre la realidad, sobre la inmensa alegría de los obreros. Lo demás son juegos burgueses. Una nueva época necesita una nueva poesía y un renovado compromiso. Compromiso y juventud deberían de ser como el agua y el aceite o, al menos, debería sentirse fuertemente la fricción. Para Jaromil será el principio de las traiciones. A sí mismo, en buena manera, y, por supuesto, a los demás. Su tragedia se precipita hacia el ridículo. Mientras, Milan Kundera, lleva la obra desde el humor a la incomodidad del humor. Ha ido trazando una vida paralela con otros jóvenes poetas: Rimbaud, Byron, Shelley, Lermóntov,... Derrotas, derro-

tas, derrotas, que la posteridad convertirá en niebla, confusión, enfrentados a su grandeza. ¿Pero y si no hubiera llegado a existir esa grandeza? No serían nada, algo risible. Y así queda el pobre Jaromil. *La vida está en otra parte* es, de alguna manera, una obra sobre la soledad. Aunque Jaromil no deje de estar acompañado, incluso obsesivamente vigilado, obsesivamente querido, está solo. Solo y encerrado en sus propios pensamientos, que conforman un laberinto que incluso en los momentos en los que cree entenderlo todo (escasos, espejismos), no dejan de escapar a esa soledad de aquel que es incapaz de comprenderse y, por encima de todo, de comprender a los demás. No está tan lejano de ese Ludvik Jahn, que buscando vengarse de las traiciones del pasado, acaba por encerrarse en sí mismo, hasta que encuentra que es demasiado tarde para casi todo y que está, irremediamente, derrotado. En su suficiencia, no hay nada más. Son víctimas de sí mismos, arrastradas por la Historia, incapaces de vivir un destino propio, auténticamente propio. Y tal vez esa sea la pregunta que subyace en estos primeros libros de Kundera: si es posible ser alguien contra la colectivización de los sentimientos. En un tiempo para los perdedores, cómo vencer. Aunque sea una victoria pequeña, muy pequeña. Fugaz, muy fugaz.

## LA HERIDA DEL TIEMPO

ÓSCAR BROX

EL ANIMAL MORIBUNDO, DE PHILIP ROTH (DEBOLSILLO)

Hay unos cuantos personajes recurrentes en la obra de Philip Roth. Los hay como Alexander Portnoy, que surgen en los primeros compases de su carrera; y los hay como David Kepesh, que le han acompañado durante décadas. *El animal moribundo* es, tal vez, una de las últimas grandes novelas de Roth, publicada ya con el cambio de siglo, en ese momento en el que el autor se enfrentaba a su vejez. La historia sigue a un Kepesh, más que nunca, espejo literario de Roth. Septuagenario. Misántropo. Mortal. Kepesh es profesor universitario y crítico, ambas, profesiones de prestigio. Por tanto, alguien que aprovecha esa ventaja en lo que respecta a uno de tantos temas delicados: el sexo. Roth narra, con un punto de rutina, de qué manera su protagonista ha convertido en hábito acostarse con mujeres mucho más jóvenes que él, generalmente alumnas, sin otro objetivo que el de obtener un placer cada vez menos moralmente resbaladizo.

Uno de los temas de la novela consiste en el efecto liberador de las revoluciones de los sesenta, es decir, cómo ciertos aspectos morales dejan de formar parte de la mochila de una América más preocupada por otros asuntos. El caso es que para Roth supone una ventaja, dado que su mochila ya viene cargada con la pesada herencia judía que se gestiona francamente mal en cualquier ambiente; esa combinación de deber, culpa y obligación moral que su autor aplasta cada vez que narra una de sus aventuras sexuales. Cada vez que nos hace cómplices de su mirada de sátiro, confiado de que, al fin y

al cabo, poco importa la razón cuando se empieza a ser consciente de la finitud. De la herida del tiempo. Resulta inevitable escuchar a Roth por encima de su personaje, el detalle con el que explica un sexo que es difícil determinar si es importante por lo que produce o por el olvido que concede. Porque, leyéndole, cualquiera diría que proporciona tanta satisfacción como soledad; un poco más de tiempo en un momento en el que el reloj de la vida se ha roto. De ahí la figura de esa otra protagonista del libro, Consuelo, hija de exiliados cubanos, que se convierte en amante de Kepesh. Emerge esa rotundidad, no solo física, que parece inyectar en el viejo profesor un aire renovado. Más placer. Más libertad para indagar en cada uno de los pequeños detalles que hacen de esa mujer, incluso en su desnudez, un misterio. ¿Cómo explicarlo? Diría que Roth proyecta a través de ese encuentro algo así como una interrupción a esa larga agonía vital de sus personajes. En esencia, el sexo, la lujuria y la sátira son iguales a otras relaciones, tanto como la misantropía de Kepesh. Y, sin embargo, hay una especie de mirada lúcida hacia esa relación que le concede una serie de matices. El principal, sin duda, es que Consuelo es un personaje que todavía no se ha familiarizado con la herida del tiempo. La plenitud de su cuerpo,

de su sexo, de toda ella, no se corresponde con esa decadencia que tarde o temprano nos lleva a dejar de mirar la vida desde ese punto lejano que fue la infancia para centrarnos en el tiempo que queda antes del derrumbe.

Hay un personaje, George, el amigo de Kepesh, que ilustra muy bien ese sentimiento. Prácticamente muerto, en la cama del hospital, George tiene un acceso de insólita lujuria besando a su mujer y tratando de desabrocharle el sostén para agarrar sus pechos. A continuación muere. Roth lo narra entre sorprendido y, tal vez, distanciado por lo patético del momento, si bien reconoce en el amigo esa energía sexual que, de alguna manera, es como ese último salvoconducto para reafirmar la vida que se escapa. Volvemos, una vez más, sobre las coordenadas de ese universo marcado por obligaciones, deudas y dolores morales que requieren de alguna revolución, de un gesto subversivo, para no ahogar en la pura mediocridad al personaje. Aunque Roth es consciente de que, ni con eso, Kepesh puede escapar de su condición de animal moribundo. De esa soledad teñida de misantropía que le lleva a hacer inventario sexual, descripción pormenorizada de sus éxitos en la cama, para prolongar desde su narración lo que para su amigo han sido apenas unos

segundos de euforia erótica antes de morir. De ahí que resulte tan interesante la última parte de la novela, cuando Consuelo descubre un tumor que probablemente acabe con ella. Para Kepesh supone algo parecido a astillar un mueble hasta entonces perfecto. Groseramente perfecto. Ahora ella sí es consciente de la herida del tiempo. Y, se diría, su deseo por la mujer no experimenta un cambio significativo, porque nunca ha sido alguien inalcanzable. Más bien, ese hallazgo describe sin grandes estridencias la soledad de Kepesh y un cierto alivio moral cuando percibe que alguien más va a ser consciente de ello. De que, probablemente, el sexo no vena a la muerte, por mucho que ese ejercicio de erotismo lime las aristas de una educación empeñada en hacernos mirar hacia ese punto final. Es por ello que, más que un sátiro, Roth concibe a Kepesh como alguien necesitado de compartir sus fantasías, que sería casi lo mismo que decir sus debilidades, porque es la única manera que conoce de aparcar ese miedo con el que el envejecer avanza. Alguien humano, pese a todo, que convierte los últimos compases del libro en un diálogo interior, cuerpo a cuerpo con su conciencia. O lo que es lo mismo: en una discusión sutilísima, de una lucidez tan brillante como descorazonadora, a propósito del carácter. Cuando todo ese fulgor erótico con el que Kepesh mira a lo humano con la distancia de un esteta se desmorona ante lo obvio, ante esa barrera imposible de sortear: la herida del tiempo, la soledad de cada animal moribundo. El envejecer.

vez, pues siempre se nos escapa algo, pero Paul nunca se deja nada. Un libro imprescindible.

## LUCY

FRANCISCA PAGEO

VILLETTE, DE CHARLOTTE BRONTË  
(ALBA)

“Lo atraviesa una correntada de pena, como un susurro bajo que cobra fuerza poco a poco y va ganando intensidad hasta que en un momento amenaza con ahogar la narración y quebrar el ritmo de la trama”, dice Celia Paul sobre este libro. Un libro lleno de soledad y pena, pero también de un tipo de esperanza.



## AMOR DIVINO

FRANCISCA PAGEO

CARTAS A GWEN JOHN, DE CELIA PAUL (CHAI)

Celia Paul escribe a Gwen John desde su soledad y le escribe con templanza, tesón, pasión, imaginación y bondad en este libro. Un libro sobre el significado del arte en toda su extensión, sobre la capacidad de amar y ser amada, sobre la vida. Quisieramos leerlo una y otra



# LA ESTUPIDEZ HUMANA

JUAN JIMÉNEZ GARCÍA

AL FILO DE LA RAZÓN, DE MIROSLAV KRLEŽA (XÓRDICA)

Entonces leí a Miroslav Krleža. Y ahora, tras *Al filo de la razón*, uno siente la absoluta necesidad de leer toda su obra. En España, Minúscula editó ya en su momento *El retorno de Filip Latinovicz*, pero aquel 2007 queda muy lejano. En el mundo editorial es como si hubieran pasado los siglos. Ahora Xórdica nos da una nueva oportunidad con una de sus obras mayores, tal vez la mayor, y ahí está el escritor croata, deslumbrante, hasta el último aliento. Una escritura abrasadora, que nos deja exhaustos y que, en lo terrible que plantea, en ese absurdo en el que se mueve (desde Kafka a Kundera), no podemos más que experimentar una cierta felicidad, porque tampoco renuncia al humor, una ironía demoledora sobre una sociedad que salía de la Primera Guerra Mundial con poco aprendido. Nada, en realidad. Caen las naciones, caen los imperios, pero sobreviven los idiotas y la estupidez humana. Organismos indestructibles, que parecen adherirse entre sí en caso de necesidad, formando una masa irreductible. Bien sea por una cuestión de supervivencia o de servilidad. El protagonista de *Al filo de la razón* es abogado. Una

noche, en una cena organizada por su jefe, el director general Domaćinski, mientras este se jacta una vez más de haber matado a cinco campesinos en un trágico incidente (que él considera justo y apropiado), no puede evitar echarle en cara, delante de todos los invitados, su repulsa moral, provocando su furia y dando comienzo a una pesadilla que asume con poca dignidad. Excesiva, a juicio de sus conciudadanos. Porque lo único que espera de él es un arrepentimiento sincero. Una sinceridad que es ajena a la realidad de los hechos, y es que Domaćinski es un turbio personaje sobre el que no hay que hacerse excesivas preguntas ni mucho menos rascar su superficie, a riesgo de dar con la basura y la vergüenza ajena. Así, nuestro protagonista es abandonado por su mujer, declarado oficialmente cornudo e incluso más que dudoso padre de sus tres hijas, sin trabajo y denunciado por calumnias, nada de lo cual parece preocuparle mucho. Y ese es el peor de

sus crímenes. La indiferencia. Una indiferencia que ese mismo provincialismo logrará resquebrajar, lanzándolo gloriosamente a un precipicio. Pero ni en la caída le dejarán tranquilo.

*Al filo de la razón* se convierte en un río desbordado que arrasa todo a su paso, en esa ciudad de provincia y a través de los juicios y pensamientos de su protagonista sin nombre, mientras que este, a su vez, es arrasado por los actos de todo tipo de personajes pequeños, miserables y estúpidos. O grandes, poderosos pero igualmente estúpidos. Porque la novela de Miroslav Krleža no deja de ser eso, un tratado sobre la estupidez humana y su servilidad. Un brutal recorrido, una pequeña historia, de la degradación, incluido el recuerdo de esa guerra que acaba de terminar y que también se nos muestra en toda su crudeza, en todo su absurdo, digno de un Švejk fatigado y derrotado, con poca gana de bromas. Sí, nos reímos, como las novelas de Kafka eran comedias, según su propio autor. Pero cómo no sentir esa inquietud, que va más allá de épocas y acontecimientos...

## EL RELOJ ROTO

ÓSCAR BROX

EL TIEMPO VIVIDO, SIN SU FLUIR, DE DENISE RILEY (ALPHA DECAY)

En los últimos días he leído dos libros acaso complementarios: uno es *En busca del cielo*, de Nathalie Léger y el otro es esta especie de meditación filosófica de Denise Riley sobre la muerte del hijo. El primero aborda la muerte del marido, Jean-Loup Rivière, y la escritura de duelo que Léger lleva a cabo quién sabe si para fijar en palabras todos esos hilos de vida que se han ido con el cuerpo. Pienso en ello cuando, en un momento del libro, describe cómo besa el cuerpo del marido, cada parte de su desnudez, quién sabe si para memorizar tantas cosas que ya están dejando de ser. Para Denise Riley, en cambio, el punto de partida es otro. Su libro comienza en forma de cuaderno de notas a partir de las semanas posteriores a la muerte de su hijo. Lo primero es obvio: ¿Cómo describir ese momento de inmensidad mortal cuando deja de haber cuerpo y, por eso mismo, desaparece la persona? Alguien dirá que se para el tiempo, que es uno de tantos recursos para hablar de la excepcionalidad del dolor, pero en verdad continúa de otra manera. Y de lo que se trata es de describir esa condición de la vida alterada. Dice Riley: "pervivir tras una muerte, pero vivir sin habitar ningún tiempo verbal te presenta serios problemas ante lo describible. La lucha por narrar no solo se convierte en una perspectiva desmoralizante, sino también en algo estructuralmente imposible. No porque esté demasiado "conmocionada" para sentir el deseo de escribir ni que sea una palabra o porque estés instalada en la "negación", sino porque cuando el movimiento del tiempo se detiene,

también paran todos los habituales "antes" y "después" que apuntalan la narración. Ahora, tu tiempo nuevo, que se ha detenido, ya no tiene dirección. O, mejor dicho, ha desaparecido toda idea de direccionalidad". Hay algo angustioso en esa primera parte del libro, en la obsesión de Riley por afinar su descripción de ese tiempo detenido que, a medida que avanzan los meses, es cada vez más insistente. Constantemente. Como un presente permanente. Max Porter lo define como una manera de vivir en un reloj roto, y no se me ocurre forma mejor de expresarlo. Porque es doloroso observar cómo la tenacidad de la autora por deshacer los múltiples problemas alrededor del tiempo no le alcanzan lo suficiente para encontrar el consuelo. El corazón también está roto. Lo interesante de un libro como *El tiempo vivido, sin su fluir* estriba en el desafío que supone para la necesidad de narrar, que es algo natural al hombre, enfrentar esa conmoción que trastoca todo. Riley se vale de la técnica del diario, de un ensayo más o menos filosófico y hasta de la elegía poética para tratar de dar con esas palabras, con su coloración moral justa, que den cuenta de algo que va casi más allá de la soledad. Para lo que, en cierto modo, no hay palabras. Cada vez que menta a su hijo pienso en mi padre y algo me resulta sobrecogedor. Aún no sé cómo explicarlo. Creo que la muerte nos obliga a

decir algo a cambio, porque previamente nos ha arrebatado algo. Ha dejado el vacío, claro. Pero para todo vacío hay un relato que intenta completarlo. Y eso puede ser el recuerdo más o menos abrupto para salvar la brecha del tiempo perdido, la obstinación por fijar ese último momento de vida como quien se agarra a un clavo ardiendo o la necesidad de consuelo, de conmiseración, desde la que desentumecer cada uno de los músculos de este cuerpo que se ve abocado a una vida alterada. Aquí la soledad siempre es demasiado ruidosa, porque todo eso que la muerte tiene de imposible de entender se condensa dentro de nosotros, se hace tan denso, que nos hace imposible conseguir integrar ese episodio como otro relato más de nuestras vidas. En verdad es hermoso lo que, en tan pocas páginas, pone en palabras Denise Riley. Sobre todo, porque son unas palabras precarias a la par que justas. Extraña contradicción esta. La poeta escribe unos cantos al hijo que ha desaparecido, mientras la filosofía trata de desenmarañar el tejido denso de un tiempo que no fluye como antes, para el que no encuentra relato ni por tanto todo lo que pasa por atributos de lo humano: consuelo, comprensión, compañía. Nos puede la soledad. Vuelvo a Nathalie Léger, porque su libro es, también, breve y, sin embargo, todo él contiene un esfuerzo titánico para narrar lo inenarrable. Leerlo, en definitiva, significa estar menos solo. Quizá esa sea también la clave de esta obra de Riley: sus palabras, siempre, justas, nunca dejan de dar cuerda al reloj, por mucho que sepan que está roto. Y ahí, definitivamente, es donde empieza todo.

CUENTO DE INVIERNO  
Una exposición de Francisca Pageo



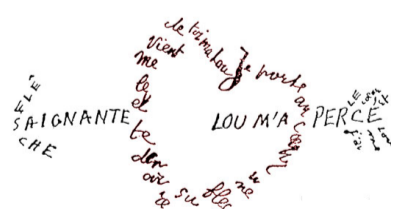
Fundación Quaes - Viernes 10 Noviembre

Ya es tiempo: baja; cesa de ser piedra, ven aquí.  
*Cuento de invierno*,  
de William Shakespeare

En *Cuento de invierno*, Hermione regresa a la vida dieciséis años después, traída por la invocación de Paulina. Y regresa porque nunca se fue. Simplemente cayó sobre ella la noche, todo fue noche, tras alumbrar a Perdita, su hija, tras sucumbir a los celos de Leonte, rey de Sicilia. La noche que es más que noche, tinieblas. Negro oscuro. En la exposición de Francisca Pageo también hay un regreso, menos evidente. También hay una vuelta, han pasado los años, el tiempo, las estaciones, también hubo noche, y una lenta oscuridad, y luz, iluminaciones, y otra vez esa lenta oscuridad. Y ahora, esa oscuridad se desvanece y queda la vida, que, como Hermione, siempre estuvo ahí, esperando su regreso. Crear no es una decisión en un artista. Crear es un acto natural, consustancial a su propia naturaleza. No es una elección. No se puede renunciar a ello. En la última obra de Francisca, en sus sonatas de otoño y de primavera y en las obras surgidas para este último cuento de invierno, vuelve a surgir lo que estuvo ahí. Pero ya nada es igual. Esas mujeres clásicas crecen entre las flores, son como fragmentos de una explosión capaz de crear un universo nuevo. Los pájaros, la libertad, en cualquier parte. Las flores, el renacimiento, la luz lo ilumina todo de nuevo. Incluso en los árboles invernales, crecen las mariposas. Lo fácil es pensar en la melancolía, pero esta melancolía es por el futuro, no por el pasado. Los collages de Francisca buscan el porvenir y, en esa búsqueda, encuentran su respiración y su razón de ser. En una exposición sobre la vida y la muerte, su obra nos habla de la resurrección, de escapar, de huir. Pero siempre, siempre, desde la necesidad de encontrar. Porque crear es siempre buscar y, alguna que otra vez, encontrar. En ese nuevo mundo, todo respira. Un viento, un aire, recorre los espacios vacíos y atraviesa las imágenes, les da su orden, les inspira su sentido. Como en aquel final de aquella película checa, cuando acabamos de recorrer todas estas imágenes, solo podemos pensar que sí, ahora todo está bien.

JUAN JIMÉNEZ GARCÍA

ENLACES: [DETOURES](#) | [DIARIOS.DETOURES](#) | [CORREO: REVISTADETOUR@GMAIL.COM](#)  
CUADERNOS DE NOTAS: [FLIPBOARD.COM/@REVISTADETOUR](#)  
[TWITTER/TDETOUR](#) | [INSTAGRAM/REVISTADETOUR](#) | [FACEBOOK/REVISTADETOUR](#)



**literaturas**  
literatura en detour

LITERATURAS.DETOURES

SCOTT SPENCER.  
EL CORAZÓN  
HAMBRIENTO FABRICA  
ESPEJISMOS GM

LA MALA COSTUMBRE,  
DE ALANA S. PORTERO  
(SEIX BARRAL) GM

LA VIDA ESTÁ EN  
OTRA PARTE, DE  
MILAN KUNDERA  
(TUSQUETS) JJG

EL ORDEN DEL AZAR.  
GUILLERMO DE  
TORRE ENTRE LOS  
BORGES, DE DOMINGO  
RÓDENAS DE MOYA  
(ANAGRAMA) JJG

LLEGIR PETIT (I  
ESCRIURE SOBRE  
LITERATURA I AMOR),  
DE BLANCA LLUM  
VIDAL (ARCÀDIA) GM

MÁRGENES DEL AGUA  
(EN AGUA CORRIENTE),  
DE ANNE CARSON  
(CIELO ELÉCTRICO) GM

EL SALÓN DE  
PACHINKO, DE ÉLISA  
SHUA DUSAPIN  
(AUTOMÁTICA) JJG

SI LAS COSAS FUESEN  
COMO SON, DE  
GABRIELA ESCOBAR  
DOBZALOVSKI (H&O)  
GM

LOS DESTROZOS, DE  
BRET EASTON ELLIS  
(RANDOM HOUSE) GM

MÓNICA, DE DANIEL  
CLOWES (FULGENCIO  
PIMENTEL) OBS

SEÑOR KAFKA, DE  
BOHUMIL HRABAL  
(NÓRDICA) JJG

SIGO SIN SABER DE  
TI, DE PETER ORNER  
(CHAI EDITORA) OBS

PURS HOMES, DE  
MOHAMED MBOUGAR  
SARR (MÉS LIBRES) GM

MALDENIÑA, DE  
LORENA SALAZAR  
MASSO (TRÁNSITO) GM

CUARTELES DE  
INVIERNO, DE  
OSVALDO SORIANO  
(ALTAMAREA) JJG

LA VIDA BREVE, DE  
JUAN CARLOS ONETTI  
(DEBOLSILLO) OBS  
JA LES DUES SERAN LES  
TRES, DE SERGI PÀMIES  
(QUADERNS CREMA)  
GM

NO QUEDA NADIE,  
DE BRAIS LAMELA  
(CUATRO LUNAS) GM

EL DIABLO EN EL  
CUERPO, DE RAYMOND  
RADIGUET (PRE-  
TEXTOS) JJG

OBS ÓSCAR BROX  
JJG JUAN JIMÉNEZ GARCÍA  
GM GEMA MONLEÓ  
FPC FRANCISCA PAGEO

18 DE NOVIEMBRE, 18:30  
LLIBRERIA RAMON LLULL

EL CLUB DE LAS  
PRÓXIMAS LECTURAS  
POR DÉTOUR · CLUB.DETOURES

TREVI  
SORIANO  
MOSHFEGH  
LÉGER  
ULITSKAYA  
UGREŠIĆ



LAS LEALTADES